

Asociación de Periodistas  Europeos

Augusto Roa Bastos

Los dilemas de la integración iberoamericana

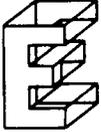
A la luz del V Centenario
del descubrimiento de América

III LECCION
CONMEMORATIVA
PASCUAL MADOZ

16 de enero de 1986



Patrocinado por la Caja de Ahorros y M. de P. de Madrid.

Asociación de Periodistas  Europeos

Augusto Roa Bastos

Los dilemas de la integración iberoamericana

A la luz del V Centenario
del descubrimiento de América

III LECCION
CONMEMORATIVA
PASCUAL MADOZ

16 de enero de 1986



Patrocinado por la Caja de Ahorros y M. de P. de Madrid.

AUGUSTO ROA BASTOS

Fragmentos de una autobiografía

Nací, me cuentan, en Asunción del Paraguay. Hecho que no me consta puesto que, si el hombre es real y no un ente de ficción, como puede ocurrir que lo sea, no asiste a los dos acontecimientos fundamentales de su vida: su nacimiento y su muerte. Lo que es gratificante pues hace que uno se sienta de algún modo intemporal.

No hice estudios especiales, salvo una fragmentaria iniciación a la música y a la pintura. A los catorce años me enganché como voluntario en la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia con el frustrado propósito de convertirme en corresponsal. A los veinte y tantos tuve más suerte: pude asistir en Londres a la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Escribí crónicas, reportajes y un pequeño libro de impresiones. Tras el lanzamiento de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki envié un despacho a mi agencia: "No es aún el fin del mundo", y otro: "El siglo XXI entró hoy". No fueron publicados y me cancelaron las credenciales. Peregriné por la Europa destruida. Atravesé la humazón del incendio de los campos de exterminio y volví al Paraguay, donde comenzaban los campos de concentración. Hice el paralelo. Me expulsaron por primera vez, hace cuarenta años, y por segunda vez hace tres.

No he permanecido ausente, sin embargo, un solo día, de mi tierra natal. Traje al exilio mi lengua, que es el lugar donde todo perseguido se refugia. Y el exilio me ayudó a ser lentamente el hombre universal en el que todos, aun sin saberlo, aspiramos a convertirnos.

¿Por qué escribo? Acaso porque es lo menos malo que puedo hacer con el menor mal que estas inofensivas ocupaciones producen. Pero no soy un escritor profesional. Hace bastante rato que sólo escribo a ratos. Para despuntar el vicio como quien dice.

Escribo porque el estado silencioso de la palabra me inspira más temor que la escritura. La escritura reducida al estado de virus. El infinito reducido a silencio. "El infinito, querido amigo —decía monsieur Teste—, ya no es gran cosa: es un asunto de escritura. El infinito no existe más que sobre el papel". Escribo, pues, para tratar de impedir que, en este planeta amenazado de extinción, el temor a la muerte se me duplique en temor a la vida.

Comienzo esta lección, que yo preferiría llamar lectura.

Digamos metonímicamente: Yo pongo la lectura que es la parte del todo; vosotros sacáis el todo que es la lección.

En un sentido lato ambas palabras, como se sabe, no son completamente sinónimas. Tampoco lo son flecha y saeta, o columna vertebral y espina dorsal, y tantas otras en nuestro lexicón metonímico, el más rico y ambiguo y por ello el más fascinante del mundo. Sinonimia que junto con las increíbles flexiones del hipérbaton hace de nuestro idioma el de mayores posibilidades expresivas en virtud de estos deslizamientos y refracciones especulares y espectrales entre el habla y la escritura. Lo que no las torna menos jugosas y carnales.

Tales espejismos implican, sin embargo, un orden y una jerarquización del pensamiento. Por ejemplo: de lectura a lección se despliega un haz de significaciones no solamente semánticas, sino comunicacionales: el circuito de la información que permite el intercambio, la interpretación y decodificación de todo mensaje. Hecho clave que condiciona los movimientos de nuestra vida contemporánea. Y esto en todos los campos, desde el mundo de las ciencias al de los sueños. Mundos que a veces se mezclan y forman un todo onírico: esos famosos sueños de la razón que desvelaban a Descartes en el *Discurso*, o a Ramón y Cajal en su descubrimiento de la sinapsis neuronal, esa especie de imagen precursora del circuito integrado, el descubrimiento español más importante de la historia —según se ha afirmado recientemente— junto con el de la circulación pulmonar de la sangre hecho por Miguel Servet y el descubrimiento de América.

Comienzo esta lectura —dije y me he interrumpido disgresivamente— planteándome una pregunta con relación al tema no elegido por mí, sino que me viene asediando de un tiempo a esta parte con la insistencia de un acoso que es como si el tema me hubiese pensado o elegido a mí.

¿Qué es esto del dilema de la integración iberoamericana? ¿Qué relación hay entre este dilema bordado un poco en la estofa de las utopías y la luz (metonímica o no) del V Centenario del Descubrimiento de América? Dilemas en el sentido de alternativas de dos opciones que se excluyen y se anulan o que se desdoblán en infinidad de subdilemas y que, por tanto, no existen sino teóricamente.

¿Cómo debe entenderse y con qué latitud el concepto de integración iberoamericana en una posible (por ahora hipotética) comunidad orgánica de naciones de raíz cultural común (lengua e historia) en lo económico, político, social y aun en lo estratégico-militar, habida cuenta de que en el orden mundial regido por el enfrentamiento hegemónico bipolar cada región sufre presiones y compulsiones de diversa naturaleza e intensidad?

En todos los campos mencionados (comercio, sistemas económico-financieros, estrategia política-militar, etc.), ¿no es acaso justamente la falta de autonomía y la subordinación de las relaciones Europa/América Latina a los intereses de los Estados Unidos, las que prevalecen coercitivamente sobre estas regiones en grado variable, directa o indirectamente?

¿Puede acaso pensarse en situación semejante en la ampliación postestativa de los márgenes de relativa autonomía de cada región —me refiero concretamente a las nuestras— y en una eventual integración o comunidad orgánica de naciones en el marco de la democracia pluralista?

En fin, estas cuestiones se irán desarrollando por sus pasos contados. Pero la pregunta inicial que yo hago a estas preguntas es más vale una cuestión de método o siquiera de oportunidad; la inevitable pregunta que conlleva toda intrincada madeja temática: ¿Por dónde comenzar? Y otra de carácter utilitario y un sí es no es autocrítico: ¿Para qué sirve todo esto?

Roland Barthes, el finísimo semiólogo francés, describe este momento de inquietud operacional, la inquietud simple y turbadora de todo principio, que conocen muy bien los científicos y que experimentamos como una dolorosa impotencia los escritores, los periodistas, frente a la penumbra, de lo real y al esplendor de la fantasía. Barthes no duda en ligar esta dificultad simple nada menos que a la lingüística moderna. “Sofocado —observa Barthes— en el primer momento por lo heteróclito del lenguaje humano, Saussure, para poner fin a esta opresión que es en suma la de todo comienzo imposible, decidió elegir un hilo, una pertinencia (la del sentido) y desarrollar ese hilo. Así se construyó un *sistema de la lengua*”. Barthes, como se ve, hila por lo fino. “Frente al fenómeno textual —agrega— experimentando como una riqueza y como una naturaleza (dos buenas razones para sacralizarlo), ¿cómo extraer el primer hilo, cómo desprender los primeros códigos?”.

El concepto del *hilo* (o punta del ovillo a devanar), de la pertinencia (la del sentido), la apoya Barthes en la cita de un lingüista, I. I. Revzin, cuya teoría de los modelos en lingüística es aplicable a la teoría de los modelos de comunicación. “En cada proceso de elaboración de la información se puede desprender un cierto conjunto A) de señales iniciales, y un cierto conjunto B) de señales finales observadas. La tarea de una descripción científica es explicar cómo se efectúa el pasaje de A a B y cuáles son los enlaces entre estos dos conjuntos”. Pero Revzin agrega precaviéndose: “Si los eslabones intermedios son demasiado complejos y escapan a la observación, se habla en cibernética de *caja negra*”.

Barthes es consciente de este acecho de la *caja negra* entre dos conjuntos límites, inicial y terminal; por consiguiente, de la necesidad de establecer el pasaje de un equilibrio a otro, es decir, de atravesar la “caja negra”. Y lo que es pertinente y oportuno con relación a nuestra lección o lectura —que no es el análisis de una novela, sino de la realidad más compleja y desequilibrada de las relaciones internacionales bajo el signo de la dominación— es la observación que el propio Barthes propone: “El sistema informativo se establece en suma como un paradigma repetido (privación/colonización). Pero esta repetición no posee completo

equilibrio: las dos privaciones son 'cuadros', pero la colonización es una 'historia'. Esta perturbación es la que 'abre' (como una primera llave) el proceso de análisis desvelando dos códigos: uno estático, se refiere a la situación adámica de los colonos en la novela; el otro, dinámico, se refiere al trabajo heurístico por el cual estos mismos colonos van a 'descubrir', 'horadar', 'encontrar' la naturaleza de la isla y su secreto". Secreto simbólico en el caso de la isla en la novela; secreto real, en el caso de la historia. Estos sentidos son homólogos y pueden permitirnos ensayar una tentativa de respuesta a la pregunta. ¿Por dónde comenzar? Lo que, por supuesto, no elimina en absoluto la amenaza de la "caja negra".

"Estamos condenados al sentido", observó a su vez Maurice Merleau-Ponty, con respecto a los textos literarios. Pienso que ocurre algo igual con los acontecimientos históricos a cuya lección o lectura hemos de buscarles un sentido que no tiene por qué ser un sentido inmutable que la hermenéutica se encargaría de fijar. Estos acontecimientos desprenden sentidos que son como la emanación de su naturaleza. Sentidos que se hacen y deshacen incesantemente en la confluencia de interpretaciones, de representaciones producidas por las más diversas sobredeterminaciones ideológicas (políticas, económicas, religiosas, culturales, etc.). El pasado no es una vertiente cristalizada, "institucionalizada" en virtud de sus propios criterios y normas de una vez para siempre —según parece entenderlo el historiador británico Barracleugh—. Ni la historia —y me refiero, por supuesto, a la historiografía— es una entidad abstracta e impersonal de "enjuiciamiento" (¡válganme los dioses axiológicos!), sino una concepción globalizadora, de interpretación de los hechos humanos en sus estructuras significativas. Y es en este sentido como el pasado cambia, está cambiando todo el tiempo, más rápidamente que el vertiginoso presente.

No hay más que oírle de nuevo a Barthes en su *Discurso de la Historia*: "La narración de los hechos pasados, sometida por lo general en nuestra cultura a partir de los griegos, a la sanción de la "ciencia histórica" colocada bajo la imperiosa garantía de lo "real", justificada por principios de exposición "racional", ¿difiere realmente por algún rasgo específico, por una indudable pertinencia, de la narración imaginaria tal como se la encuentra en la epopeya, la novela o el drama? Y si ese rasgo —o esa pertinencia— existe, ¿en qué lugar del sistema discursivo, en qué nivel de la enunciación hay que situarla? Y Barthes se refiere, nada menos que a algunos grandes clásicos, tales como Herodoto. Maquiavelo, Bossuet, Michelet. Diderot, dos siglos más joven que Barthes, va aún más lejos cuando susurra con aire esquinado: "A menudo hay que dar a la sabiduría el aire de la locura para procurarle sus entradas en la escena". Dos siglos aún más joven que Diderot, Cervantes pone en práctica esta fórmula de inspiración erasmista.

Voy ya acabando está larga introducción. Resta, sin embargo, la pregunta insidiosa: ¿Para qué sirve todo esto? El mordedor de la duda es como el gusano en la fruta. En este siglo inundado, desbordado de tinta, como si la "galaxia de Gutenberg" hubiera heredado el diluvio universal transformado en letra impresa, el más ínfimo hilillo de escritura ¿no está contribuyendo a contaminar este inmenso mar ya más inmenso e in-

abarcable que el otro? Esta duda justificada y aquí multiplicada forma parte de la lección. Lo malo es —según ironiza Ciorán— no lograr nada y morir del esfuerzo. Dejemos que lo serio devore lo serio y que el jugo de la fruta se cuele por el agujero del gusano.

A lo que aspiran estas divagaciones —no soy más que un escritor de ficciones y de lo que yo más me ufano es de ser periodista; ya volveré sobre este particular—; a lo que aspiran estas notas es a interrogar la parte en sombras que subyace en los grandes acontecimientos; a enfocar desde un ángulo menos ortodoxo y dogmático el nudo de problemas que la enunciación del tema plantea. Quisiera hablar claro y decir las cosas por su nombre sin complacencias de ceremonial. Poder tocar los terminales conflictivos de estas cuestiones sin sentir ni provocar inhibiciones, recelos ni suspicacias, pues según el lema del prócer uruguayo Artigas —uno de los visionarios precursores de la Federación de Estados Libre— "Con libertad ni ofendo ni temo".

Hechas estas aclaraciones liminares, ahora sí entro en materia. Las cosas cruciales —certificó alguien docto en pesimismo— aparecen a menudo al final de una larga conversación. Las grandes verdades saltan en el escalón de la puerta. Sólo espero no haberme equivocado de puerta, que el auditorio no se haya equivocado de sala, y que entre todos podamos elegir y desarrollar el *hilo* de la lección. Toda elección es finalmente un caso de conciencia, no de eficacia. Según el dicho castellano y universal: "Nadie es más que nadie, ni menos tampoco".

* * *

Tiene España una dimensión ultramarina, y tiene España una dimensión europea.

Julio Cerón

Esto que algunos llaman la América Latina pertenece a la civilización occidental, pero de una manera peculiar. No es la continuación de la cultura de un país europeo, menos aún la de culturas indígenas o africanas. Es, más que otra cosa, una mutación de Occidente, la abierta y viva frontera de Occidente con lo que ahora se llama el Tercer Mundo, que puede hablar desde una situación única con ese mundo conflictivo y también con Occidente.

Arturo Usler Pietri

Estamos en el fin de una civilización y en uno de sus confines.

Ernesto Sábato

Algunas proposiciones dilemáticas

- Sentido nuevo del Descubrimiento o nuevo Descubrimiento.
- Sus cinco capítulos centrales.

- Naturaleza del conocimiento histórico.
- Integración regional o integración con Europa.
- La conquista de la autonomía.
- Las dos retóricas de la integración con Europa.
- Los imperativos de la dependencia occidental.
- América Latina y la alianza atlántica.
- Mundo capitalista (v. mundo socialista).
- No debe haber un segundo Vietnam en América Latina.

* * *

Los hechos primordiales

Hace menos de una década se cumplía uno de los acontecimientos raigales del Mundo Hispánico: el milenario de Castilla. También el de la lengua castellana, que tuvo su punto de partida en un hecho aparentemente más insignificante y anónimo aún que el de Colón: un texto muy breve, de 43 palabras, del año 977, el primero que se conoce en castellano, parte de las Glosas Emilianenses, debido a uno de los monjes escribas y traductores del monasterio de San Millán de la Cogolla, en Logroño¹. Admirables 43 palabras de tan modesto origen que dieron nacimiento a una lengua como parida por la escritura, a la inversa de lo que ha ocurrido con la mayor parte de las lenguas del mundo. Lengua hablada hoy por 300 millones de seres humanos, luego de ser el vehículo verbal del Descubrimiento. También en 1492 Antonio de Nebrija publica la primera *Gramática Castellana* en honor a Isabel la Católica. El mismo año en que los moros son vencidos en la guerra de la Reconquista, que dura casi ocho siglos desde Covadonga a Granada.

He aquí algunas de las sorprendentes simetrías que a veces dibuja la historia. Pero ¿es siempre fortuito el entrelazamiento de los hechos fundamentales? En este mágico tejido en que el azar y la necesidad mezclan o alternan sus agujas es donde podemos contemplar no tanto quizá las inciertas imágenes del pasado, pero sí las del presente e intuir con bastante nitidez las del futuro.

En este marco rico en connotaciones, el quinto centenario del Descubrimiento de América adquiere una significación singular: la de ser el recordatorio de un hecho sin parangón en los anales de este milenario. No es sólo una fecha propicia para las conmemoraciones que exalten el espíritu de unidad en el contexto de las identidades, de las singularidades y peculiaridades del desarticulado mundo iberoamericano. La celebración del V Centenario va unida así al esclarecimiento —en su doble acepción de clarificación y ennoblecimiento— de este concepto maltrecho y como trascordado de la unidad de pueblos de un mismo origen; situación cuya penosa evidencia se manifiesta —y ésta es una primera constatación grave— en el desconocimiento mutuo de las historias de cada parte —y lo que es peor— en los sistemas de enseñanza de la historia deliberadamente distorsionados y contrapuestos que se hallan vigen-

¹ *El Castellano en América*, MARCOS A. MORÍNIGO, "El Correo de la UNESCO", París, agosto-septiembre de 1977.

tes desde tiempo inmemorial en ambas orillas, y que no parece que vayan a revisarse y actualizarse con un criterio moderno de la historia.

Pero la historia —la historiografía— no es sólo el pasado "documentalizado" con mayor o menor erudición por los profesionales de las ideas. Los hechos históricos no están sólo en los documentos ni reflejan únicamente su veracidad en las interpretaciones tejidas en el marco de la hermenéutica. Los hechos fundacionales viven sobre todo en la memoria colectiva; son claves genéticas de sus identidades reflejadas a través de sus comportamientos; identidades que no son una "cosa-en-sí", una virtud platónica o kantiana. La identidad de una sociedad sólo se revela en lucha contra los infortunios y las vicisitudes, contra los campos de resistencia que la propia historia opone a la busca de su genuina expresión invidual y colectiva. Lo que a su vez hace surgir, indefectiblemente, en los momentos de prueba, de crisis o desfallecimiento, a los dirigentes naturales de verdadero peso moral, de voluntad visionaria y al mismo tiempo pragmática, compenetrados, consustanciados, con la naturaleza de sus colectividades y la fuerza dinámica de su destino histórico.

En esta época, en la que hemos llegado a un punto límite, el discurso histórico no puede ser, no es ya, únicamente, un saber. Es sobre todo una ética del conocimiento histórico. Ella exige, a su vez, un comportamiento justo y solidario a los miembros de una comunidad forjada por la historia que les es también común, lengua y cultura incluidas. Y estas comunidades deben unirse y actuar juntas en lo mejor de sus genuinas potencias o virtualidades para hacer sentir su presencia mediadora y conciliadora en un mundo al parecer condenado por la violencia que genera el enfrentamiento de las potencias hegemónicas por el dominio del mundo. ¿Hay necesidad de explicitar la constatación de una segunda evidencia: la inexistencia de esta sistemática solidaridad y de acciones conjuntas que puedan consolidarla?

Por todo ello, la conmemoración del Descubrimiento —el acontecimiento más importante en los fastos de Occidente por sus consecuencias de alcance universal— va unida necesariamente a la toma de conciencia crítica de los hechos que forjaron el surgimiento del Mundo Iberoamericano en su doble vertiente hispánica y lusitana. El proyecto de integración sobre los denominadores comunes de su historia, identidad y destino —conceptos abstractos y discutibles en sí mismos si no funcionan en la práctica— es una empresa cada vez más urgente en la situación de desmesurada complejidad y riesgo que gravita sobre todo el haz del planeta.

Estos denominadores comunes son ricos precisamente por su diversidad multirracial, multicultural, material y social, en algunos casos por su antagonismo, pero siempre por su necesaria, en el sentido de ineluctable, fuerza de convocatoria.

España sabe mucho de esto. Sufrió, impuso, aprendió, a lo largo de su historia, innumerables y decisivas experiencias. No trepidó en llevarlas a sus más extremos límites en su lucha por mantener incólumes su independencia, su soberanía, su cohesión y unidad en la diversidad de sus pueblos y regiones, de sus culturas y lenguas en torno al núcleo aglutinante de la Nación Estado. Creación política original, la primera

en su género, que España, las Españas, ofrecieron a Europa en el lapso que va de Alfonso el Sabio a los Reyes Católicos bajo cuyas coronas culminó la unidad nacional.

A la luz de estos signos precursores, Cristóbal Colón descubre América. La circunstancia de que no lo supiera a su arribo a la pequeña isla de Guanahani, en las actuales Antillas, no invalida en modo alguno el hecho de que allí comenzaba el descubrimiento. La significación del hecho se extiende lógicamente al entero proceso que él iba a originar. Este descubrimiento inesperado, inaudito, cargado de presagios, contiene en su dimensión de futuro toda la realidad todavía oculta de la tierra recién descubierta; esta tierra que el propio Colón no iba a conocer en su casi inmensurable extensión, que ni siquiera su nombre iba a llevar. Acaso por las oscuras leyes de una cierta justicia distributiva que rigen los hechos humanos.

Sabemos lo que pasó en 1507 con Amerigo Vespucci. El cosmógrafo alemán Waldseemüller exaltó la empresa exploratoria del navegante florentino en las Indias Occidentales, por encima de la del genovés, y propuso que se diera su nombre a esas tierras por haber sido Vespucci o Vespuccio el primero en descubrir que ellas eran en realidad un mundo nuevo. Colón había creído tocar las costas orientales del Asia; es decir, un punto impreciso de la Eúcumene, en la entonces concepción del mundo conocido y habitado y se empeñó en esa creencia. Sea de ello lo que fuere, el uno creyó haber tocado los bordes de un mundo conocido, ese mundo cuya existencia los conocimientos náuticos y cosmográficos de la época autorizaban. Pero Colón encontró que ese lugar se había llevado su lugar a otro lugar. El otro descubrió que ese lugar desconocido era un mundo nuevo y acabó llevando su nombre. Lo cierto es que allí comenzó el descubrimiento que lleva ya cinco siglos y que todavía no ha concluido.

En otra escala, en otro sentido y con diferentes magnitudes en la dimensión histórica, el proceso de ocho siglos de la Reconquista en España de la dominación árabe se va a reproducir en el mundo recién descubierto. Cinco capítulos centrales despliega esta saga épica que recuerda en América la de los Amadises y Esplandianes: *Descubrimiento, Conquista, Colonia, Emancipación, Reconciliación*. De tal suerte, la culminación del acontecimiento inaugural va a constituir en sus correlaciones necesarias y graduales la superior dimensión de una etapa de síntesis: la *Integración*. Es el capítulo faltante, el más importante y necesario, que hace absolutamente falta pero que sigue faltando. Y ésta es una de las *cajas negras* supervivientes (como la de *leyenda negra* contra España) que han quedado incrustadas en el pasaje del conjunto A, constituido por los *hechos primordiales*, al conjunto B de hechos finales o actuales, según las susodicha teoría de Revzin. Pasaje cuyos eslabones intermedios han sido demasiado complejos y anómalos, no sólo por causas endógenas, sino por la creciente presión del futuro imperio que empezó por confiscar el nombre de *América* a título exclusivo; luego, la historia del continente, y, por último, su futuro, prevalido únicamente por el poder de las armas y las doctrinas de algunos de sus profetas de cabeza y mano duras como el chantre Monroe y su revelación del destino manifiesto.

Conciencia crítica y pasión moral

Los presupuestos de la *Integración*, enunciada así en líneas generales, se inscriben en la necesidad de vivir la historia hacia el futuro. Lo que no significa ceder a las compulsiones de un determinado sentimiento mítico ya fenecido pero cuyos fantasmas han comenzado a pulular como convocados por la conmemoración del V Centenario. El bullicio retórico comienza ya a resonar con su matalotaje de feria en la plaza como de quien se dispone a arrojar la casa por la ventana.

Vivir la historia hacia el futuro significa exactamente devanar nuestra deshinchada historia actual y construir, dentro del exiguo margen que nos permite el Nuevo Orden mundial, una trama coherente y perfecta. Vivir la historia hacia el futuro significa no dejarse arrastrar por ella como por una obnubilación en marcha, según alegorizó alguien. Significa hallar un sentido al maelstrom de sonido y de furia que empavoreció la conciencia culpable de Macbeth. Y en los tiempos que corren no andamos mucho mejor que este personaje de sangre en llamas los débiles ni poderosos, los gobernantes y gobernados. Sentido. El sentido. Los sentidos. “No existen hechos en sí —gruñía el taciturno Nietzsche—. Siempre hay que comenzar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho”. ¡Menuda tarea! Inevitable, inaplazable.

He aquí el primer dilema de la integración, desde el punto de vista de la “mirada histórica”: anclar en la pesada y negativa inercia de los hechos del pasado. Lo que significa someter el destino de nuestros pueblos al determinismo de esa “obnubilación en marcha”, y restar, por lo tanto, su imprescindible concurso al equilibrio del mundo contemporáneo desde la base del equilibrio de nuestras regiones. O dinamizar, dialectizar el destino creativo de estas regiones enajenadas por la política de bloques y el enfrentamiento hegemónico bipolar de las superpotencias. Manipular este destino, que sólo a nosotros corresponde —para usar una gráfica expresión del Rey—, “como una catapulta en clave de futuro”.

La comprensión del pasado desde el presente y su proyección al futuro es así la única lectura inteligible de la historia para la construcción de un proyecto político y cultural de plurales dimensiones.

Esta lectura comporta una toma de conciencia crítica, no únicamente por las minorías culturales, sino también y sobre todo por los millones de seres humanos de todas las capas culturales y condiciones sociales que forman esta vasta porción de la humanidad. Toma de conciencia de que el Descubrimiento y el entero proceso a que dio origen y su remate faltante, si bien fueron en sus comienzos una empresa española, nos conciernen hoy a todos los iberoamericanos, los de la Península y los de Ultramar, en una compartida responsabilidad.

Esto equivale, más allá de interpretaciones que se oponen y contradicen en polémicas a veces carentes de sentido o en querellas pueriles, a reflexionar profundamente, sin sectarismos de ninguna especie, sobre la filosofía y la práctica de la unidad. Tal corresponsabilidad, en lo que tiene de actitud positiva, comprensiva pero intransigente, contraria a todo espíritu de dimisión y desaliento, compromete, por supuesto, en mayor grado a los dirigentes políticos, a los intelectuales, a los artistas,

a los escritores, a los periodistas, a los hacedores de cultura y de opinión de ambos lados del Atlántico; a los historiadores y enseñantes para un replanteamiento del estudio de la historia que les es común en sus dos grandes vertientes. Lo que redundará en su mayor y más profundo conocimiento mutuo, liberado de prejuicios, confusiones y malentendidos ahistóricos y acrílicos por ambas partes. Tanto más cuanto que las correlaciones entre las dos porciones del Mundo Iberoamericano están llenas aún de incertidumbres y contradicciones, de *mala conciencia*; de anacronismos y asincronías, de desajustes y disyunciones entre lo que este mundo es y el que debiera ser: mundo caótico en su singularidad y diversidad.

Se me permitirá aquí una nueva digresión sobre dos fenómenos culturales que expresan de una manera especial y específica el trabajo creativo para esta toma de conciencia crítica en torno a la lectura inteligible de nuestras historias: la literatura y el periodismo de letras, tanto político como cultural y social. Dos fenómenos que no han sido homologados aún suficientemente en su función de grandes reportajes a la vida histórica, sobre todo a partir de comienzos del siglo XIX, ni situados convenientemente por los historiadores de nuestra cultura en el conjunto de sus expresiones significativas.

Tanto en la Península como en Iberoamérica, aún antes del conflictivo período de la descolonización, la literatura (los diversos géneros pero principalmente la poesía) y el periodismo acompañan y a veces prefiguran los acontecimientos históricos, o contribuyen a que ellos se produzcan. En todo caso, están impregnados de las pulsiones superficiales y profundas de la vida hitórica (la *historia* y la *intrahistoria*, en el sentido unamuniano, que se reflejan en su novela *Paz en la guerra*, y que el mismo don Miguel sistematiza reflexivamente en su obra *En torno al casticismo*).

La producción literaria y periodística de la época, estrechamente ligadas por denominadores comunes bajo la ley del tiempo que les toca vivir a los hombres de ideas a un tiempo militantes y creadores, cronistas y actores de los sucesos que viven, se templan en el foco de la energía social. La concepción y práctica del realismo decimonónico (el espejo balzaciano que refleja el camino al par que lo recorre) convierten los artículos y cuadros de costumbres (embrión de la futura gran novela y del gran periodismo europeo e iberoamericano) en un animado fresco de la vida individual y colectiva, a veces más vivo y veraz, sobre todo en América Latina, que los rudimentarios ensayos historiográficos apegados aún a la *última ratio* del documento y, en el mejor o peor de los casos, a los modelos clásicos extrapolados a su aire por los practicones del género. Estos se aplican a las cronologías pero se desentienden cimarronamente del o de los sentidos, de lo inteligible; en pocas palabras, de las estructuras internas y de sus correlaciones significativas.

Hay un hecho irrefutable: el periodismo de ideas toma netamente la delantera en América Latina a la literatura de ficción, si bien ésta no deja de ser en el fondo periodismo —del bueno si la ficción es buena artísticamente— como que en el periodismo ha tenido su origen y escuela.

Desde Domingo Faustino Sarmiento a José Martí —para no tomar

sino dos paradigmas de una época determinada, la que empieza y termina con la descolonización—, estos dos grandes creadores literarios muestran no la ambivalencia, sino la profunda simbiosis del narrador literario con el periodista de ideas, de información o de combate que utiliza también la lengua para expresarse. Uno trabaja hacia adentro y desde lo íntimo; el otro, desde lo íntimo de sus convicciones hacia afuera, lo más objetivamente posible. Ambos inscriben su calidad creativa en la piel de lo real y transforman lo que en apariencia es efímero en el núcleo de una significación permanente. Para ambos, narrador y periodista, todo el secreto está en penetrar los enigmas de un acontecimiento o del destino humano en una situación determinada. Su misión es contar no probar; estimular en los lectores (y ahora, en la civilización de la imagen audiovisual, en los oyentes y espectadores) la revelación de esos enigmas. Una gran novela y un gran reportaje no difieren sino en sus técnicas de significación. Y en punto al sacrificio del oficio, como se suele decir, más víctimas ha producido y produce el sobresaltado periodismo de información que la solitaria y sedentaria faena del escritor de ficciones.

El hombre de prensa, él mismo como productor de mensajes, no los medios que los transmiten, no ha sido reconocido, sin embargo, en sus verdaderas dimensiones de investigador, propagador y catalizador de los hechos y las ideas de su tiempo. En España, Mariano José de Larra anuncia él solo a toda la generación del 98, que surge por las grietas de la liquidación del imperio. Lo que no es poco decir. Los artículos de *Fíguro* y de *El pobrecito hablador* continúan leyéndose en España y América acaso más que las obras de *Clarín*, sin excluir *La Regenta*, y no digo que se lean más que los *Episodios Nacionales*, porque esto sería ir en desmedro de Larra y a expensas de la vigorosa perennidad de don Benito Pérez Galdós, comparando erróneamente géneros y autores tan disímiles. Sin contar que estos cómputos comparativos no toman en cuenta la calidad de las obras, sino los caprichosos movimientos del tiempo cuyas inflexiones son imprevisibles.

Corre el siglo y la cosa no varía. La explosión de la llamada *nueva novela* comienza con el lanzamiento espectacular de Gabriel García Márquez, nuestro último Premio Nobel, que se confiesa y reivindica a mucha honra periodista. No es Jorge Luis Borges, el gran escritor latinoamericano y europeo de memoriosa erudición y sabiduría. No es Octavio Paz, el último gran poeta viviente. No son Ernesto Sábato ni Juan Carlos Onetti, los dos admirables novelistas de ambas orillas del Plata. Es el periodista y escritor colombiano de casi desconocido "palmarés" el ungido por la máxima recompensa mundial.

La mayor parte de nuestros autores más representativos han venido y siguen viniendo del periodismo. Con el auge de la *nueva novela* latinoamericana que pasa por encima del cerrado silencio de España, también en la década de los 60 se define claramente la emergencia y revalorización del género de las Crónicas, que es en realidad el origen de la literatura narrativa en el Nuevo Mundo. Hay más de una veintena de escritores de primerísimo orden que han incorporado el género o la forma de la crónica a lo más vivo y pujante de la literatura actual. Su máximo exponente, en la Argentina, fue Rodolfo Walsh sacrificado por la dictadura militar (1976-82) junto con otro centenar de los más capaces

y brillantes periodistas que habían logrado levantar en las dos últimas décadas a su más eminente lugar el periodismo argentino.

El aporte creativo de los periodistas de letras a este nuevo período de la literatura latinoamericana, en lo que concierne sobre todo a la novela, no es lo anómalo. Casi se podría decir que sea lo normal y natural en la continuidad de una línea de fuerza que viene desde lejos. Lo anómalo es que esta como repentina y fulgurante eclosión se dé precisamente en momentos en que la crisis estructural de todo el sistema capitalista, luego de la "guerra fría", comienza a descargarse rudamente sobre América Latina a raíz del grave problema de los misiles soviéticos en Cuba. Lo que pudo generar la temida catástrofe nuclear que nos hubiera convertido a todos en una catástrofe de recuerdos.

Por lo general, sin embargo, y al margen de este episodio que fue relevante en su aspecto de alerta psicológico mundial, habría que tomar en cuenta el hecho significativo de que los fenómenos culturales se dan casi siempre como emergencia de factores de equilibrio y compensación. Y eso es precisamente lo que hace extremadamente difícil registrarlos con cierta coherencia en un espacio lleno de fracturas y asincronías como es el latinoamericano.

Al surgimiento del ciclo de las dictaduras militares ungidas por el óleo teórico de la Seguridad Nacional destilado por el Pentágono, al incremento de la dependencia con el recrudescimiento de los males económicos, políticos y sociales en Iberoamérica, responde, en lo cultural, el "estallido" de la nueva novela: lo que se denominó el *boom*. Un cierto número de autores de primera línea fueron dados a conocer mundialmente. Curiosa respuesta a la entropía creacional del sistema en crisis. Pero lo más curioso del caso es que este fenómeno, no conocido hasta entonces, fue producido por mediación de las transnacionales que descubrieron de pronto la rentabilidad de la industria cultural.

En España, tras los dichos cuarenta años de represivo silencio, la novela y el periodismo (estoy tematizando sólo este paralelo entre los dos géneros en prosa) recobran casi de golpe, tras un corto intervalo de desorientación y como de asombro ante el giro copernicano de la transición, el aire que faltaba, el alto nivel que los dos géneros tenían antes de la guerra civil.

En las generaciones posteriores a la del 98 —la del 13 y la del 27—, sobresalen indudablemente los poetas, los novelistas, los filósofos y los ensayistas. Nunca olvidaré mi deuda con don Ramón del Valle-Inclán y su *Tirano Banderas*. Nunca olvidaré mi asombro, mi estupor casi, al pasar de Pío Baroja a Camilo José Cela, a Rafael Sánchez Ferlosio. Leer y descubrir el pulso vivo de la literatura española soterrada, que uno creía que había desaparecido, que se había extinguido; leerla y descubrirla alguien enterrado vivo como estaba yo mismo en Paraguay. Y ya en el exilio, que, burla burlando, va durando ya casi cuarenta años, seguir leyendo y descubriendo a los que seguían trabajando en el "tiempo de silencio": Luis Martín Santos, Juan Benet, García Hortelano, los Goytisolo, representantes de esas jóvenes generaciones que iban subiendo en derecho de sí a ocupar el lugar que le correspondía.

Esto fue así, indudablemente. Pero poco después, tras la transición y la restauración democrática, es de nuevo el periodismo el que restablece

su primacía. Aunque en él, como es ya también habitual, colaboren de igual a igual novelistas, ensayistas, historiadores, críticos y hasta poetas.

Dos inferencias querría extraer de esta digresión que me respiró largo pese a contener mi pasión y los pulmones. La primera: Si las cosas son así como evidentemente lo son, no veo por qué el periodismo de letras, de investigación en sus numerosas especialidades de carácter científico y tecnológico, el de información y de grandes reportajes, no ha ocupado aún el sitio que le corresponde en los estudios de las ciencias literarias y del lenguaje, principalmente en el campo de la sociología de la literatura en el que las teorías de la comunicación y de la información juegan un rol importante.

En los dominios de la epistemología de las ciencias —que no postulan únicamente, como se suele creer, los fundamentos del conocimiento puro, sino que van recibiendo cada vez con más fuerza el impacto de la *historicidad*—, la ausencia de estudios sobre el periodismo en sus diferentes formas origina una ruptura. En cambio, el periodismo ligado específicamente a estas ciencias de la información y la comunicación y al uso del lenguaje como vector de sus mensajes, puede dar nuevos modelos operacionales; es decir, una nueva episteme al estatuto de estas ciencias que no han salido todavía de su estadio de formación.

La segunda inferencia que yo querría proponer, en relación con el tema de la integración que nos ocupa, es reconocer que el periodismo, la actividad del hombre de prensa en general, representa la mayor ayuda potencial en el esclarecimiento (nuevamente hay que repetirlo, en su doble acepción de clarificación y ennoblecimiento) del complejísimo haz de problemas reales que se oponen de un modo casi irreductible a la realización del proyecto.

Recapitulo y sigo.

Geopolítica, geohistoria

Estos neologismos, bárbaros como todo neologismo, pero sobre todo sospechoso el primero por sus connotaciones neofascistas de origen, no sirven, por ahora, más que para llamar de manera chocante la atención sobre la desmedrada situación posicional de la comunidad iberoamericana en la barbarie del mundo contemporáneo.

El eje dilemático nos lleva a ella. El primer dilema (en el sentido de dos alternativas que se excluyen y anulan) era el de vivir sometida la comunidad a la regresión del pasado, a remontar la corriente de la historia hacia el salmón que presiente su fin último, o a vivir la historia hacia el futuro, impulso biológico de las especies nuevas. Expresaba explícitamente esta alternativa positiva: "dinamizar, dialectizar el destino creativo de nuestras regiones enajenadas por la política de bloques y el enfrentamiento hegemónico bipolar de las superpotencias".

El segundo dilema es: ¿Integración regional o integración con Europa, es decir con España y Portugal?

Y aquí empiezan a desgranarse los subdilemas incapsulados en esas dos realidades coercitivas que hemos denominado con los bárbaros neologismos de geopolítica y geohistoria. Empecemos de nuevo por el principio.

La incorporación de América al sistema de Occidente, la ulterior bifurcación del continente en la América anglosajona protestante y la América ibérica católica, fueron acontecimientos que imprimieron un sesgo muy particular y diferente a cada una de ellas. En lo que concierne al naciente mundo iberoamericano no aconteció esto sin dificultades y vicisitudes enormes. Choque de civilizaciones y culturas, más que el pretendido eufemismo de "encuentro de culturas" o "encuentro de dos mundos". No hubo tal idílica convivencia ni era posible que la hubiese. Lo que hubo fueron luchas terribles en las que las culturas autóctonas acabaron devastadas y sus portadores sometidos o aniquilados, como ocurre siempre en las guerras de conquista, en los largos y desordenados imperios coloniales. También esto hay que asumirlo en todos sus alcances y con toda honradez sin que nadie derrame ceniza sobre su cabeza ni se rasgue las vestiduras.

No hay necesidad de ocultar que el tiempo histórico del llamado Mundo Iberoamericano quedó cargado de culpa, en el sentido de una neurosis psicosocial. El humus que tapiza esta neurosis es un tejido de susceptibilidades a doble signo. Un terreno fértil para el persistente florecimiento de celos y reservas mentales. Estos generan constantes malentendidos, herencia de las viejas heridas traumáticas. De este modo, los conflictos perduran cuando ya el paso de los tiempos ha cambiado y nivelado las realidades en pugna. No podemos juzgar, al menos no serviría a la causa de nuestro futuro —que es lo que ahora importa—, a las naciones que fueron dominadoras según se aprovechan de la historia o se avergüenzan de ella, ni desagraviar a los pueblos que fueron dominados. Pero es esto justamente lo que hace —como ya se ha dicho— la enseñanza de la historia, o de "las historias", en ambos lados del océano.

Lo que sí se puede y se debe hacer es sacar las lecciones que corresponden a una y otra situación para que no se repitan y para sobrepasarlas. Esos capítulos sombríos no han sido arrancados de la memoria colectiva. Pero hay que leerlos e interpretarlos en el contexto de la historia vivida con el rigor de la pasión moral.

No debemos olvidar que tras el mestizaje biológico y cultural —que sucedió a la conquista— fue de entre los criollos, *mancebos de la tierra* y mestizos de donde iban a surgir los rebeldes y emancipadores, es cierto; pero también los más encarnizados capitanejos y tiranuelos. Los *naturales*, sometidos al régimen de las Encomiendas, inermes y degradados en su cultura ancestral, en su dignidad humana, quedaron así batidos por tres fuegos simultáneos y convergentes: los encomenderos peninsulares, los inquisitoriales evangelizadores y los propios mestizos. Criollos y mestizos se empeñan así, en buena parte, en ser los más serviles subalternos del poder colonial.

Por otra parte, si el mestizaje constituyó en grados variables, un rasgo típico de la colonización peninsular, a diferencia de lo que ocurrió en otros procesos coloniales impuestos por potencias europeas, no debe atribuirse tal mestizaje solamente a una mayor apertura de los conquistadores y colonizadores peninsulares a la mezcla con las mujeres de las razas "primitivas" que habían venido a encontrar. Los saberes, la prodigiosa capacidad de trabajo de estas mujeres las hacían indispensables

sobre todo en las áreas pobres en metales donde la economía de subsistencia tuvo que basarse en la agricultura, dominio en el que las mujeres indígenas eran verdaderos expertos. De este modo, en los rudimentarios falansterios coloniales desempeñaron una doble función: la crianza de los hijos, resultados del "abrazo de dos razas", y los trabajos de labranza y recolección. La posesión de cinco de estas mujeres, como promedio, aseguraba al colono un excedente de producción, base de su prosperidad material.

Todo parecería indicar que estas mujeres se sometieron gustosas a este abrazo de dos razas. Y no se puede decir que el "malinchismo" quedara reducido al caso de la mujer indígena de Hernán Cortés que dio su nombre a este género de unión que podía entrañar el amor, pero que también implicaba la desertión y la traición hacia los suyos. Hubo sin duda un "malinchismo" generalizado y hasta poligámico permanente en la Colonia. El Paraguay fue, en este sentido, un sitio privilegiado, a tal punto que algunos cronistas hablan de él como del "Paraíso de Mahoma" con serrallos repletos de huríes guaraníes. A tal punto que, bajo la gobernación patriarcal de Domingo Martínez de Irala, hacia mediados del 1500, este régimen de miscigenación se había hecho normal. En una expedición, que naufragó en las costas del Brasil, venía un numeroso grupo de mujeres que traían el propósito de reunirse con sus maridos. La cincuentena de perfectas casadas, que parecían salidas de la oda de fray Luis, llegaron a Asunción tras una peregrinación de 200 kilómetros a través de selvas y tribus feroces. Don Domingo no encontró mejor expediente que enviar a las pocas sobrevivientes, en sus puros despojos, a la audiencia de Charcas, en otra peregrinación de más de 2.000 kilómetros, a reclamar sus derechos sobre los infieles maridos.

Las crónicas de la época nada dicen de esta kafkiana y larga marcha de las esposas preteridas y olvidadas. Capítulo turbador y olvidable. Pero menos dicen aún de las insurrecciones de mujeres indígenas (no menos de seis hubo en el Paraguay) que fueron aplastadas y sometidas a terrible escarmiento. El encuentro de culturas producía de tanto en tanto estas "páginas bochornosas", según el exabrupto de Fidel Castro que las recordó, con toda evidencia, en relación con las que se producen ahora, según lo explicó muy bien en la palinodia que cantó a los escolares españoles que lo visitaron en su viaje a La Habana.

El régimen de explotación de las mujeres y de los naturales no cesó sino que se agudizó y se tornó incluso más cruel por parte de los mestizos tras la extinción de la Colonia. Los verdaderos etnocidios físicos y culturales continuaron y siguen hasta nuestros días. Y es en nombre de los supuestos derechos de vida y cultura de los pueblos indígenas que los representantes de las culturas mestizas del continente prosiguen también hasta hoy echando en cara a los peninsulares metropolitanos la culpa de esta inmolación que los Estados "independientes" prosiguen metódicamente.

Es hora ya de que contemos con una interpretación objetiva y al mismo tiempo vivencial de la conquista y de "lo que vino después"; y "lo que vino después" no hizo sino demostrar que criollos y mestizos habíamos aprendido la lección en lo que ella tenía de perverso, aventajando incluso a los colonizadores en el ejercicio cruel de la dominación.

Habíamos heredado al parecer todos sus defectos pero ninguna de sus virtudes. De haber vivido hoy, Bartolomé de las Casas habría dedicado también una *Brevísima relación* a la ferocidad "encomendera" de los mestizos cuando arriban al poder y sobre la cual testimonian duramente los regímenes despóticos, las tiranías civiles o militares, negación del ardiente legado bolivariano y martiano.

La comprensión del pasado desde el presente y su proyección al futuro es, pues, la única lectura inteligible de la historia para la construcción de un proyecto cultural, político y económico de plurales dimensiones, como es el de la Integración.

Tal situación nos exige que asumamos, sin agravios ni resentimientos, pero también, desde luego, sin complacencias, el tejido de grandezas y miserias, de atrocidades y sacrificios, de avances y retrocesos que jalonan el destino de América Latina en los cinco siglos de su historia. Cinco siglos que bien pueden sumarse al milenio vivido por España en la reconquista de su independencia. En el fondo, la causa y el sentido de estas épicas luchas son análogas por ambas partes. Y es España, entre los países europeos, la que mejor puede comprender la suerte de los países latinoamericanos.

Posibilidades y límites

Es preciso, sin embargo, situar este proyecto de plurales dimensiones de la Integración en las coordenadas, que yo he llamado neológicamente de geopolítica y de geohistoria, para no alimentar ingenuas ilusiones ni falsas retóricas. Hemos visto fracasar en poco tiempo iniciativas semejantes. El diálogo Norte-Sur que la Comisión Brandt denominara "Un diálogo para la supervivencia", vital para el futuro del mundo, no es el único que se ha frustrado y roto en los escollos de la política de bloques que también domina sobre este parámetro desde el eje central hegemónico Este-Oeste. Esto nos obliga a ser cautos en los planteamientos sobre los cuales no tenemos poder de decisión y a cultivar, si no el pesimismo, al menos la duda metódica como filtro de toda praxis que conlleve el más ligero matiz de contestación a tales intereses hegemónicos, y en la construcción de proyectos independientes o autónomos, así se trata de proyectos de paz y supervivencia para el mundo.

Es en este punto donde el segundo dilema planteado en estas reflexiones perfila en todo su dramatismo la oposición de dos alternativas que se excluyen: ¿Integración regional, es decir de los países de Iberoamérica? ¿O integración de la región con España y Portugal? ¿Cuáles son las condiciones para un proyecto de integración multilateral? ¿Cuáles las condiciones para la realización de un modelo de nuevo tipo de sociedad, o mejor dicho de una constelación de sociedades que gira, informe todavía, en la órbita de un destino común?

Esta órbita no es por ahora más que el espacio de una lengua común y de variadas y entrecruzadas corrientes culturales con sus peculiaridades y singularidades propias. Pero estos vínculos, sin duda vigorosos y perdurables, no están garantizados aún por un sistema concreto de estructuras económicas multilaterales de intercambio y complementación

regionales y subregionales. No están amalgamados y dinamizados —ni lo estarán por mucho tiempo todavía— por organismos de consenso y elección popular que actúen como centros de decisión en el marco de una democracia pluralista.

En otras palabras, la naturaleza de esta comunidad continúa siendo una flotante pero no integrada unidad cultural a la que faltan un sistema político coherente y un sistema económico independiente. Elementos, estos últimos, que son indispensables y fundamentales para la existencia y funcionamiento de naciones que se han forjado una unidad política federativa, como es el caso de los propios Estados Unidos o la Unión Soviética; de naciones federadas entre sí, como el *Commonwealth* británico; o de comunidades de tipo económico y político como la Comunidad Económica Europea.

La inexistencia de estas condiciones básicas torna hipotética e ilusoria la vieja aspiración a la comunidad iberoamericana que viene desde los albores de la independencia de sus países. Pero hace también que el proyecto de la unidad o integración regional con España y Portugal en su conjunto —aspiración que empieza a tomar cuerpo desde la crisis del panamericanismo— no sea más que un modelo enunciativo de buenas intenciones pero de escaso poder de realización. Tal proyecto de integración queda como una carta del futuro en la medida en que América Latina pueda convertirse no sólo en un interlocutor válido, sino también en un socio potencialmente útil para los objetivos concretos de la integración.

La sustituye por ahora lo que podría llamarse, más que una política, un programa de cooperación cultural que está logrando resultados parciales sin duda apreciables y que puede convertirse en una vía de prospección y ensayo permanente hacia modelos de intercambio menos limitados y selectivos que lleven a la integración.

La situación de la que hay que partir es que ni España y Portugal y menos, por supuesto, Iberoamérica, constituyen centros de decisión autónomos. Ambas regiones están insertadas en el área occidental cuyo polo dominante son los Estados Unidos y cuyos sistemas políticos están basados en la democracia pluralista representativa con su amplia gama de usos y contradicciones ideológicas. Esta posición hay que asumirla en todas sus consecuencias con los estrechos márgenes de maniobra en cierto modo independientes —en el caso de América Latina, inexistentes casi por completo— que ella permite.

Pero además de pertenecer a Occidente, Iberoamérica forma parte del Tercer Mundo frente al mundo desarrollado. Es "la abierta y viva frontera de Occidente con el Tercer Mundo" —según expresa el venezolano Uslar Pietri en la cita que sirve de epígrafe a estas reflexiones—. España y Portugal forman parte de la Europa occidental, cada vez más alejados, como Estados y como países, del Tercer Mundo en la medida en que se han incorporado a la Comunidad europea y esta incorporación los compromete no solamente al sistema de normas que la rigen en el plano económico-financiero y comercial, sino también en el plano político y estratégico y en el sistema de la alianza atlántica. Estos acuerdos y pactos, sobre el eje del enfrentamiento Este-Oeste, están definidos como los radios de una circunferencia en torno al centro constituido por el "so-

cio" mayor. De aquí que el salir de la OTAN o permanecer en ella afecta profundamente la dignidad y sensibilidad de sociedades del temple de la española. Pero la salida de la OTAN no modificaría radicalmente la situación según el natural anhelo de independencia y soberanía de España. Más importante y más efectivo a la larga sería mantener su capacidad de negociación con todas las demás regiones, pero sobre todo con los países del Este y su polo dominante, la Unión Soviética. Porque el rol histórico de España en Europa no es ser un "socio" menor consecuente y obsecuente, sino asumir progresivamente, con el respaldo de una comunidad que pronto alcanzará 600 millones de seres humanos, superando incluso a la población conjunta anglosajona, la función de mediadora para el diálogo entre las naciones.

Por su parte, los países de América Latina y el Caribe, batidos desde hace un siglo por el Pacto Neocolonial con el imperio británico y por la dominación del imperialismo estadounidense, a partir del período de entre dos guerras, no sólo no han podido integrarse, sino que, a la inversa, se han visto sometidos, en la mayor parte de ellos, a la desintegración política, económica y social. Si hubiera necesidad de algunas pruebas al canto, ahí están la doctrina Monroe (antecedente de la doctrina de Seguridad Nacional) que, de aval de la emancipación de los países latinoamericanos frente a Europa, se transforma en regla de "soberanía limitada" del continente y luego en el estatuto incuestionable de la dominación. Ahí están las intervenciones armadas de Estados Unidos (más de doscientas), la ayuda a Gran Bretaña en la guerra de Malvinas, el respaldo político a los acreedores en el draconiano problema de las deudas exteriores, la presencia de las fuerzas armadas estadounidenses en Centro América, la amenaza de intervención en Nicaragua, etc.

En el segundo *Encuentro en la Democracia: Europa-Iberoamérica* (12-22 de noviembre de 1985)¹, se escucharon al respecto opiniones muy ilustrativas. Sergio Spoerer, por ejemplo, citando a Grabendorf, reconoció que "éxite consenso en aceptar que entre ambas regiones el mayor denominador común es la vulnerabilidad frente a Estados Unidos, que vale tanto para América Latina en el sistema interamericano como para Europa occidental en el sistema atlántico. Las dos regiones, por razones históricas muy diferentes, terminaron por asumir un rol de socios 'juniors' de Estados Unidos".

Pero esta oración —que parece una "boutade"— se vuelve por la pasiva. El hecho de que tanto Europa como América Latina acepten como el mayor denominador común entre ambas regiones su vulnerabilidad frente a los Estados Unidos, ¿no es sindicarse lisa y llanamente a la superpotencia occidental como el patrono que puede imponer, castigar, escarmentar sin apelación posible el menor desvío o transgresión de sus aliados menores? ¿No es negar de manera patética, por una consciente actitud de dimisión y sumisión, la existencia del proclamado "mundo libre" en cuya defensa se han tejido supuestamente los sistemas de alianza?

Estos elementos estructurales y coyunturales parecerían responder en dos tiempos al segundo dilema: la integración regional es necesaria-

¹ Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1985.

mente previa a la integración de España y Portugal con los países de Iberoamérica. Este segundo momento carece de futuro si no responde a intereses mutuos y a la madurez de América Latina, en su conjunto, en los planos económico, político, cultural y social. Todo lo que desborde estos planteamientos reales y pragmáticos o los sitúe fuera del tiempo y del lugar necesarios está llamado a no alimentar más que una retórica enunciativa y voluntarista.

América Latina no tiene una política europea en ausencia de espacios regionales de concertación. Lo que hace que tampoco España y Portugal tengan una política iberoamericana. Y la España de las Comunidades no solamente no tiene una política económica ni de ningún orden con Iberoamérica, sino que ésta figura en último lugar en el sistema europeo de relaciones exteriores.

Sólo a partir de las Malvinas (1982), la Comunidad europea (a la sazón la Europa de los Diez) comenzó a preocuparse por Iberoamérica. No para acudir en su ayuda contra la agresión de los socios anglosajones (Gran Bretaña no hubiera podido hacer nada sin el apoyo logístico norteamericano), sino para imponer sanciones económicas contra la Argentina. Así fue como la falsa guerra de rescate de las islas antárticas urdida por la dictadura militar argentina como engañabobos para retener el poder que se le escapaba de las manos, sirvió para desenmascarar una vez más la vocación imperialista del "socio mayor", sucesor y aliado del ex imperio miembro de la CEE. Las islas, por supuesto, no iban a rescatarse de esa manera, restableciendo los legítimos derechos de Argentina sobre ellas. La espectacular operación imperial bipartita no sirvió tampoco, ni mucho menos, para legitimar los inexistentes derechos de Gran Bretaña sobre el archipiélago —del mismo modo que no podrá hacerlo sobre Gibraltar—; pero operó como un detonante sobre el arraigado sentimiento antiimperialista latinoamericano.

La lección de Malvinas tuvo una enorme importancia y tendrá efectos perdurables, quizá aún imprevisibles, en todo el sistema de relaciones del mundo de Occidente que se pretenden regidas por la concepción de la democracia pluralista y representativa. El aspecto más nítido y contundente de esta lección es que, pese a la "vulnerabilidad" de las regiones dominadas o dependientes, las soluciones de fuerza impuestas por los "socios mayores" no son eficaces ni definitivas y pueden resultar contraproducentes. Lo mismo ocurre con el conflicto centroamericano y con el de las siderales deudas exteriores de los países latinoamericanos, los dos mayores conflictos de la región. Conflictos que son de naturaleza política y que únicamente pueden ser resueltos por la vía de las negociaciones en función de los intereses genuinos de la región. Tales son los objetivos del Grupo de Contadora, respaldado ahora también por la formación del Grupo de Apoyo a Contadora en América del Sur; por España, desde antes de su ingreso a la CEE; por la Comunidad Europea de los Doce y por los veintiún países del Consejo de Europa. Esto con respecto al conflicto centroamericano. Tales son también los objetivos del Consenso de Caratagena que trata de abrir negociaciones de carácter político al económicamente y aun matemáticamente insoluble problema de la deuda externa.

El toque de alerta de Malvinas ha vuelto más receptiva la sensibili-

dad europea hacia los graves conflictos regionales latinoamericanos. Una demostración tangible de ello se dio en las Conferencias interregionales de San José (1984) y de Luxemburgo (1985), de las que surgieron un diálogo político orgánico y un proyecto de cooperación económica entre la Comunidad Europea y Centroamérica. Este es el camino jurídica y democráticamente viable para el planteamiento y la busca de soluciones posibles. No los callejones sin salida de las posiciones de fuerza.

Hay un dicho latinoamericano, lleno de sabiduría popular, sobre este problema de los callejones. Dice el refrán: "En un callejón sin salida la única salida es el propio callejón". Lo que significa: salir de una dificultad límite a través de la dificultad misma, no creando nuevas dificultades ajenas al problema que lo hagan insobrepasable.

Esta salida del callejón centroamericano no es, con toda evidencia, la que trata de imponer unilateralmente el poder imperial norteamericano sobre el parámetro Norte-Sur. No es tampoco la salida en el callejón de la deuda que las potencias clandestinas del narcotráfico de Bolivia y Colombia proponen como una réplica paródica de la primera, y que parecería burlesca si no mostrara el fondo trágico de la cuestión: el imperio de la droga y del contrabando se haría cargo del pago de la deuda con la sola condición de que se le continuara dejando las manos libres para seguir intoxicando metódicamente a la sociedad norteamericana en esta nueva forma de libre mercado exento de molestos recaudos arancelarios. Esta pésima historieta de bajos fondos, con algunos visos de verosimilitud, demuestra por el absurdo algunas de las encrucijadas que pesan sobre el destino iberoamericano.

Los "utopías concretas"

La toma de conciencia crítica del proyecto de integración no tiende a un planteamiento abstracto o reduccionista de la compleja cuestión. Hay, ya queda dicho, una retórica de este proyecto, como hay otra nostálgica de los mitos y símbolos del fenecido esplendor imperial. Pero lo que importa desde el ángulo de lo posible es, justamente, establecer y organizar las correlaciones entre la España democrática y el conjunto de los países latinoamericanos que tienden a la democratización; entre la España en su unidad con Europa, en su *européismo*, pero también en su iberoamericanismo esencial. Quiere decir: unidad de España con Europa, de la que forma parte, y unidad de España con Iberoamérica con la que forma un mundo aparte. Aun cuando la península "trans-europea", pegada al continente, formando parte de él, no fue siempre sino la periferia desdeñada de Europa. Alternativamente rechazada o admitida, invadida o aislada por las convulsiones de las Europas (que también hay varias, como se ha visto), España, en cambio, nunca fue cortada del tronco común. Lo cual es histórica y biológicamente normal.

Por ello el ingreso de España y Portugal en la CEE es un significativo triunfo político para ambos países y también para la comunidad iberoamericana. Triunfo político y moral que pone a ambos países en pie de igualdad formal y jurídica con las potencias centrales. El ingreso

consolida así, de una manera indirecta, la estabilidad democrática en España y Portugal. Los impulsará también a la emulación y competitividad en los niveles de la reconversión y producción tecnológica. Abre, asimismo, a sus economías un campo potencial de expansión bajo las leyes del complicado interjuego económico, político y desde luego estratégico, de los países de la CEE, sin que los aportes y obligaciones de los recién llegados, de seguro incrementados por la tardía admisión, descompensen los beneficios que deben recibir.

Para los países de Iberoamérica el ingreso de España y Portugal constituye, como es obvio, una modificación importante en el sistema de correlaciones (económico-financieras, comerciales y de mercado) con la Península. Los expositores del segundo *Encuentro en la Democracia: Europa-Iberoamérica* han coincidido, casi unánimemente, en señalar la inevitabilidad del progresivo deterioro de dichas relaciones. Resta a cambio, en el plano político, la contribución de España en el sentido de promover una mayor atención e interés hacia los problemas de Iberoamérica en el seno de la Comunidad Europea. Según lo expresó uno de ellos. "Cualesquiera sean las contradicciones específicas de ambas regiones, Iberoamérica y Europa (es decir, España) comparten, básicamente, dos intereses de base: el de la construcción política interna de cada región y el de la formación y consolidación de un espacio internacional de concertación multilateral". España lo vino haciendo desde antes de su ingreso, y el eco que no encontró entonces, desde afuera, es posible que lo obtenga desde dentro.

El hecho de que al menos España se mantenga fiel a la unidad del mundo iberoamericano y a los designios de la integración se manifiesta en que —como ya se ha dicho— no sólo no ha renunciado, sino que, por el contrario, ha ampliado el sistema de cooperación con Iberoamérica en el plano del intercambio cultural. Lo mismo puede decirse en la defensa de la soberanía, independencia e integridad territorial de sus países y en otros emprendimientos multilaterales tendientes a preservar la paz y los derechos humanos.

Es cierto que el proyecto de integración tropieza, en su fase operativa, con ingentes escollos. El más notorio es desde luego el desigual crecimiento de los países iberoamericanos, estancados incluso ahora por la implacable tenaza de la deuda externa, con el cierre de los mercados internacionales; por el desmantelamiento y obsolescencia de sus equipos de producción; por el proteccionismo implantado desde los centros de decisión en el parámetro Norte-Sur.

En el primer *Encuentro en la Democracia*², el actual Presidente, Alfonsín, expresaba en su ponencia: "Nuestros países exhiben profundas diferencias entre los que van consolidando, en medio de enormes dificultades, sus formas de organización y gobierno en la democracia y aquéllos que no han superado aún los condicionamientos autocráticos y oligárquicos que a su vez conspiran contra los procesos de independencia económica y afianzan el subdesarrollo, el atraso o el estancamiento... En un continente donde lo raro es la democracia y la independencia

² *Iberoamérica: Encuentro en la Democracia*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1983.

económica, la cooperación tecnológica puede terminar siendo, de hecho, la cooperación entre las filiales de las empresas transnacionales, que, claro está, se guían por los centros de decisión externos. Y en el plano político, lo que es más grave aún, las coordinaciones efectivas entre gobiernos antipopulares y antidemocráticos, se hacen para consolidar los férreos esquemas de dominación de las oligarquías locales y para servir los intereses imperiales que se expresan bajo el manto de la llamada teoría de la Seguridad Nacional”.

Las palabras del jefe de Estado argentino tienen particular fuerza y resonancia por venir de un país donde bajo el signo de la recuperada democracia pluralista y la garantía del Estado de Derecho, por primera vez en la historia de nuestros países, son juzgados en un histórico proceso los jefes de las juntas militares que usurparon el poder a espaldas de la soberanía popular y llevaron a la ruina a uno de los países más ricos de nuestra América.

Lo que dice Alfonsín con respecto a los Gobiernos antipopulares y antidemocráticos tiene sus ejemplos ignominiosos en los regímenes totalitarios y unipersonales que imperan en Chile y Paraguay. En el caso de este último país, el Gobierno dictatorial de Stroessner, a lo largo de más de treinta años de omnímodo autoritarismo, ha logrado incluso disfrazarse de “democracia representativa” autodotándose de una constitución, de un parlamento y de un remedo de poder judicial sometidos por completo a la autoridad suprema del jefe del ejecutivo. En el cerrado y casi olvidado bastión totalitario del Paraguay, el miedo está instalado en la sociedad oprimida y reprimida como la conciencia pública de una colectividad.

La oposición democrática no pretende que los Gobiernos responsables de Occidente corten sus relaciones de Estado a Estado y sometan a un bloqueo político y económico al Gobierno dictatorial del Paraguay, que, juntamente con el de Chile, se mofan del “mundo libre”. Lo que desea y considera factible es que los Gobiernos democráticos de Occidente controlen las actividades ilícitas de los consorcios del capital financiero internacional y de los traficantes de armas. Y sobre todo, que concedan por lo menos un trato igual a las fuerzas de la oposición democrática, que tarde o temprano restablecerán el Estado de Derecho y cuyas agrupaciones responsables serán los interlocutores obligados en un inmediato futuro, desde el momento que los partidos políticos modernos han hecho su entrada en la realidad latinoamericana con proyectos y modelos viables de unión nacional y regional.

Todo este esfuerzo de unidad y solidaridad —como lo reconoce el Gobierno de España— “debe involucrar no sólo a los Gobiernos y organizaciones gubernamentales, sino abarcar también a Parlamentos, partidos políticos, centrales sindicales y confederaciones empresariales: es toda una trama social y política la que ha de transmitir experiencias válidas para la consolidación de un régimen pluralista y el empleo de mecanismos de concertación socioeconómica para el desarrollo”. Una trama social —habría que agregar— que debe incluir las agrupaciones culturales que, hoy por hoy, en América Latina constituyen las avanzadas de las fuerzas progresistas.

La movilización de estos grandes núcleos de energía política, social y

cultural debería organizarse a través de reuniones periódicas de los jefes de Estados democráticos iberoamericanos, y de éstos con España, en el nivel más alto de la política exterior oficial, por una parte, con sedes rotativas; y por otra, con reuniones también periódicas de las organizaciones sindicales, culturales (incluidas, naturalmente, las indígenas), sociales y campesinas. Estas reuniones contribuirán en alto grado a modular una corriente permanente de intercambio político, cultural, económico, científico y tecnológico cuyos objetivos serían los de abrir un camino práctico hacia la integración y construir un modelo viable para su realización a medio y largo plazo, en el marco de un nuevo Orden Económico Internacional. El Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y el Parlamento Latinoamericano, conjuntamente con entidades multilaterales como el Grupo de Contadora, el Consenso de Cartagena y otros similares que ya han demostrado su eficacia y su peso moral, pueden constituir desde ya los organismos idóneos para el diálogo con España y con las Comunidades europeas.

En el plano Económico, a pesar del cuadro poco alentador del segmento latinoamericano ya descrito, se deben tener en cuenta, sin embargo, las inmensas e incalculables posibilidades de América Latina. Dichas posibilidades son objetiva y potencialmente mayores que todas las reservas de la Europa de la Comunidad. Tales posibilidades reales de crecimiento podrían desarrollarse en plazos relativamente cortos por la vía de sistemas de intercambio orientados hacia estructuras autorregulables de compensación y complementación económicas y tecnológicas. Las que implican a su vez la puesta en práctica de nuevas concepciones económicas y jurídicas en función de realidades y relaciones en permanente mutación. Todo ello con vistas a la necesidad de un Nuevo Orden Económico Mundial que abarque gradualmente el conjunto, por la fuerza misma de estas mutaciones, y se constituya en factor de beneficio recíproco, en lo económico, y de distensión, en lo político, para la superación del desequilibrio entre los países del Norte y del Sur y del prevaliente enfrentamiento entre los países del Este y del Oeste.

No es superfluo aclarar, en fin, que cuando se habla del poder imperial como factor del enfrentamiento hegemónico, se menciona únicamente al aparato del poder político, económico y militar y a los centros de decisión en los dos polos. No se incluye de manera alguna a los respectivos pueblos norteamericano y soviético, los que a su vez son víctimas, en su condición humana, cívica y colectiva de los errores deliberados o solapados que pueden cometer las cúpulas del poder.

Los pueblos en general, cualesquiera sean las ideologías a las que el vaivén de la historia los somete, son solidarios entre sí, puesto que ellos son, en definitiva, la materia sobre las que trabaja inexorablemente la “obnubilación en marcha” de las perversiones de la historia.

Frente a esta apelación a la solidaridad de los pueblos entre sí por encima de las barreras ideológicas que los separan, el conjunto de países iberoamericanos se muestra dividido por las profundas diferencias y desigualdades ya mencionadas. Esta falta de unidad política y social, económica y cultural, sobre el transfondo de la profunda unidad cultural que los vincula a través de una lengua común, hace que estos pueblos vivan no todavía en la democracia, sino —como lo advierte Octavio

Paz— “en un régimen peculiar, un régimen hacia la democracia”. Y en cuanto a la evolución histórica de las relaciones entre España e Iberoamérica, el poeta mexicano señala: “Es la historia de un conocimiento, un desconocimiento y un reconocimiento”.

La plural amalgama de razas, de culturas, de motivaciones e intereses, hace que este *reconocimiento* mutuo, más amplio y profundo entre nuestros países, constituya hoy la nebulosa de un mundo en gestación que busca plasmarse en medio de enormes dificultades. En este contexto es donde se establecen las coordenadas de un nuevo modelo de sociedad comunitaria sobre la base de nuestras identidades y afinidades, de nuestros antagonismos y diferencias, en una conjunción que no anule, sino que vitalice y dinamice, en la interdependencia, la soberanía de cada pueblo y nación.

La fuerza creativa de una “utopía concreta” semejante imparte de este modo a la celebración del V Centenario —bajo cuya advocación se han puesto estas reflexiones— un sentido nuevo: Ya no se celebrará solamente la fecha simbólica del descubrimiento de Colón, sino otro descubrimiento que tiene relación con el futuro: la formación de la comunidad orgánica de naciones de origen y lengua comunes.

Tal proyecto realista y al mismo tiempo visionario —como lo fue el del Descubrimiento— sólo podrá objetivarse a condición de que contenga en germen el desarrollo global, en su plenitud, de una asociación de naciones libres a imagen del viejo sueño de los Libertadores con el que se identifican los anhelos de la España democrática en el emprendimiento de la integración.

Entre lo utópico y lo posible, éste es un reto de la historia. O lo que es lo mismo, un desafío del porvenir.